

El padre primero

Manuel Palazón Blasco*

Universitat de València

Resumen:

Sigmund Freud creyó primero que la seducción del padre estaba en el origen de la histeria de su hija, pero luego se retractó, y afirmó que la escena en la cual papá visitaba a su pequeña era sólo una fantasía que la hija, atrapada dentro de su laberinto edípico, había inventado. La historia de esa corrección es lo que he llamado su *histeriada*. Su *Tótem y Tabú* forma parte de ella. Al decir que “en el principio”, “érase una vez”, el Padre de la Horda (ab)usó de todas las hembras de su familia hasta que sus hijos se rebelaron y lo mataron, instituyendo la prohibición del incesto, Freud consigue transformar la escena de la seducción en un residuo fantasmal del cuento original. La historia que Maese Pericles cuenta de Luscinda en *Las mocedades de Ulises*, de Álvaro Cunqueiro, ilustra la denuncia y el horror del hombre ante el deseo de la hija. *Tiempo de Silencio*, de Luis Martín-Santos, y “La hija del verdugo”, de Angela Carter, repiten nuestros turbios principios situándolos, significativamente, lejos de nosotros, en un barrio de chabolas, o en una tribu perdida.

Palabras clave: histeria, tótem y tabú, Sigmund Freud, incesto entre padre e hija

Abstract:

Sigmund Freud thought first (and said so) that the Father's seduction caused the Daughter's hysteria, but then retracted, and stated that the scene where Daddy visited his little girl was only a fantasy that the daughter, trapped inside her oedipal labyrinth, had made up. The story of Freud's recantation is what I have called his *hysteriad*. His *Totem and Taboo* is part of it. By saying that “in the beginning”, “once upon a time”, the Father of the Horde (ab)used all the females in his family until his sons rebelled and killed him, instituting the incest prohibition, Freud manages to transform the seduction scene into a phantom residue of this *Ur-tale*. Maese Pericles's story of Luscinda in Álvaro Cunqueiro's *Las mocedades de Ulises* illustrates the male's denunciation and horror of the *daughter's* desire. Luis Martín-Santos's *Tiempo de Silencio* and Angela Carter's “The Executioner's Daughter” retell our dark beginnings placing them, significantly, away from us, in a shanty town, or among a lost people.

Keywords: hysteria, totem and taboo, Sigmund Freud, father-daughter incest

1. Un epígrafe cortísimo, con otro mediano

“Hijas llama el hebreo a cualesquiera mujeres”¹.

En un bosque umbrío hay un árbol escondido, todo de oro, dedicado a Juno. Si quieres entrar en el infierno tienes que arrancar, primero, algún pimpollo suyo. Es mandamiento de Proserpina,

* Cita recomendada: Palazón Blasco, Manuel (2007) “El padre primero” [artículo en línea] *Extravío. Revista electrónica de literatura comparada*, núm. 2. Universitat de València [Fecha de consulta: dd/mm/aa] <<http://www.uv.es/extravio>> ISSN: 1886-4902

¹ Fray Luis de León, *La perfecta casada*, cap. XIX.

ama de llaves del lugar. Eso hizo Eneas, detrás de la sombra de su padre, guiado por la Sibila. El árbol no pierde: enseguida echa otra hijuela dorada².

Esta rama de oro que retoñaba siempre dio título al libro de Sir James George Frazer, *The Golden Bough: A Study in Magic and Religion*. En él quiso explicar lo que sucedía en el bosquecillo de Aricia, a orillas del lago de Nemi. Allí, érase una vez, *uno* hacía la ronda, la espada desenvainada, del árbol bendito, y del soto sagrado de Diana, guardándolos con gran devoción. Era el sacerdote de la diosa vestal, y precario Rey de aquella Selva (*Rex Nemorensis*). El señor de esta monarquía era forzado y muy corredor, y conservaba la corona hasta que *otro* se la quitaba, junto con la cabeza³.

Ahora haz al Rey de aquel jardín tremendo el *Padre* (¿y Esposo?) celosísimo de la Virgen Diana. “Tengo una hija (la tengo mientras sea mía)...” Dijo Polonio, de Ofelia (*Hamlet*, II, II, 106). Y la tuvo, más o menos, hasta que Hamlet lo acuchilló, confundiéndolo con una rata. En el principio (antes de que comenzase la Historia) el *Padre* tenía a su *Hija* hasta que *Otro* (el principito) venía a robársela. Y éste sólo podía después de matarlo. Entonces el Príncipe se ponía en el lugar del Rey, ganando todos sus nombres, y sobre todo el de Esposo (¿y Padre?) de la Princesa.

2. Prólogo

Este artículo continúa, completándola, la *Histeriada* (Palazón, 2006) que apareció en el pasado número de *Extravío. Revista electrónica de literatura comparada*. Ahí traía, más por menudo, lo que digo ahora en tres frases. Babea papá detrás de su hija, y la estropea. Ésta es la *Ur-szene*, la escena que empieza la ruina de la muchacha. En su *histeriada* Sigmund Freud creyó primero que era verdadera, y luego, en pública y angustiada retractación, declaró que era fantástica, invención con que la enferma disfrazaba su deseo furtivo. La escritura de *Tótem y Tabú* dice aún la gana del padre, pero intenta disimularla. Digo el mito de *Tótem y Tabú* y tres *historias* que lo ilustran. Iré proponiendo algunas cuestiones, y serán de las indeterminadas, o diminutas, que pueden tener “infinitas soluciones” (*AUT*). Desde ellas emborronaréis los márgenes de estos textos. Al final apunto mis glosas.

3. Sigmund Freud, *Tótem y Tabú*

3. 1. “Esto era y no era...”

Esto es cuento. Como todos los cuentos, ocurrió y no.

² Virgilio, *Eneida*, VI, 138 – 144.

³ Ver Virgilio, *Eneida*, VII, 765 – 1106, y Sir James George Frazer, *The Golden Bough*, cap. 1.

3. 2. Zarzarrosa

Zarzarrosa, al cumplir los dulces quince años, se pinchó con un huso, y se durmió. El sueño cubrió también su palacio. Alrededor de éste creció el escaramujo, ocultándolo al mundo y guardándolo de quienes se atreviesen a entrar a molestar aquella siesta alargada de pijama sudadísimo y ringlera infinita de orinales. Sólo al cabo de los cien años del plazo pudo pasar el príncipe, buscar a esta otra Bella Durmiente, y despertarla con un beso⁴.

En dos cartas muy seguidas⁵ que comentan sus *trabajos* sobre el *Tótem* Sigmund Freud hace al príncipe, al héroe del cuento que, con su podadera mágica, consigue penetrar el misterio del palacio encantado, despertar (recordar) a la inquietante (*unheimlich*: a un tiempo familiar y extraña) muchacha dormida, tomarla por esposa. La zarza espinosa que le estorbaba (y que incordiará también al lector) son todos aquellos farragosos libros que ha tenido que estudiar, sin necesidad ninguna, puesto que él ya sabía (lo intuía) lo que quería decir.

3. 3. Sigmund Freud, madre de *Tótem y Tabú*

Freud se pinta, en sus cartas, no como padre sino como madre de *Tótem y Tabú*. Freud la *concebía*, soportó, mientras estuvo *ocupado* con ella (preñado de ella), los antojos, angustias y gozos de la *gravidez*, y cuando estuvo en días *movió* y la *parió*. Ya “*desembarazado*” (“feliz y ligero”) envió a su niña a saludar a Abraham (como Cervantes mandó a su *Galatea* a que besase la mano de su patrón), y finalmente la presentó en el Templo⁶. Decirse madre de este cordero vale no decirse padre suyo.

3. 4. Arte de marear

Como en otros *descubrimientos*, Freud utiliza imágenes de peligrosas navegaciones (tempestades de la inteligencia y del alma) para describir la escritura del *Tótem*⁷.

3. 5. Una obra de mucho momento

“...Soy completamente *Tótem y Tabú*”⁸. La imagen hace pensar en la identidad material de los miembros del clan con su tótem. Son, Freud y su nuevo trabajo, una misma cosa: están hechos de la misma sustancia. Cuando ya lo está terminando Freud manifiesta haberlo escrito seguro y entusiasmado⁹. Se trata, piensa, de su obra mayor, de su “más audaz empresa”¹⁰. Freud se siente

⁴ Los hermanos Grimm, *Briar Rose*, en Grimm & Grimm (1989).

⁵ A Ferenczi, 13 – V – 1913. En Freud (1997b: 486). A Ferenczi, 12 – VI – 1913. En Freud (1997b: 490).

⁶ Ver Freud (1997b): 250, a Jung, 12 – II – 1911; 325, a Jung, 2 – XI – 1911; 365, a Jung, 29 – II – 1912; 372, a Jung, 21 – III – 1912; 428, a Abraham, 21 – X – 1912; 489, a Ferenczi, 8 – VI – 1913.

⁷ Ver Freud (1997b): 308, a Jones, 9 – VIII – 1911; 337, a Jung, 30 – XI – 1911; 338, a Pfister, 14 – XII – 1911.

⁸ A Ferenczi, 11 – VIII – 1911. En Freud (1997b: 309).

⁹ A Ferenczi, 13 – IV – 1913. En Freud (1997b: 486).

¹⁰ A Jones, 9 – IV – 1913. En Freud (1997b: 482).

viejo, casi a punto de muerte. *Tótem y Tabú* también será su “última obra”, o sea, su *testamento*. Aquí podremos leer, entonces, su confesión, y sus últimas voluntades¹¹.

3. 6. Ambivalencia

Aquello que iba encontrando era “muy incierto, podría ser muy hermoso”¹². “Por un lado la cosa me parece demasiado bella, por otro, los tiempos y objetos hartos oscuros, en cierta medida sustraídos a un juicio cierto”¹³. Había puntos que no sabía explicar(se) del todo. Pero no pensaba vestir su criatura para volverla tolerable. Ernest Jones no comprendía qué era lo que podía desasosegar de *Tótem y Tabú* “al mismo hombre que había escrito *La interpretación de los sueños*”¹⁴. Freud contestó: “Entonces describí el deseo de matar al propio padre y ahora he estado escribiendo el asesinato mismo; después de todo hay un paso bien grande entre un deseo y un hecho”¹⁵. Y así era: una cosa es situar aquel acto “monstruoso” en el deseo inconsciente del niño, y otra asegurar que eso hubiese tenido lugar históricamente. No es de extrañar que la mañana siguiente a terminar el libro se despertase con “una espantosa migraña (rara en mí)”¹⁶.

3. 7. ¿Qué buscaba Freud?

¿Qué buscaba Freud? *Tótem y Tabú* sólo podía ser una “síntesis”¹⁷. Freud va a hacer aquí de componedor, ajustando, concertando, y ordenando cuatro elementos que dicen lo mismo, a saber: algo que aconteció antes de la historia (el asesinato del padre de la horda, del cual se derivaron los dos tabúes mayores: no matarás al tótem y no te arrimarás a las mujeres de tu clan); aquello que relata el mito de Edipo; esto que nos pasa a todos (su Complejo epónimo); y eso que, porque vuelve a asomar o porque no ha sido suficientemente enterrado, se halla “en el nódulo de la neurosis” (Freud, 1992: 47).

3. 8. Trabajos de horror perdidos

Los trabajos lo aburren. Es que ya sabía “de antemano”¹⁸ lo que quería decir, había oído el final, anticipaba las “conclusiones”¹⁹, “el resultado último”²⁰. De hecho, en su *Autobiografía* (1924 [1925]), define lo que cuenta en *Tótem y Tabú* no como hipótesis sino como “visión”

¹¹ A Ferenczi, 4 – V – 1913. En Freud (1997b: 483).

¹² A Ferenczi, 17 – VI – 1913. En Freud (1997b: 490).

¹³ A Ferenczi, 26 – VI – 1913. En Freud (1997b: 491).

¹⁴ En Freud (1997b: 492, nota 57).

¹⁵ Freud (1997b: 492, nota 57).

¹⁶ A Ferenczi, 13 – V – 1913. En Freud (1997b: 486).

¹⁷ Freud (1992: 133). A Jung, 12 – II – 1911. En Freud (1997b, 250). A Putnam, 19 – II – 1911. En Freud (1997b: 255).

¹⁸ A Jung, 17 – XII – 1911. En Freud (1997b: 338 – 339).

¹⁹ A Jung, 21 – III – 1912. En Freud (1997b: 372).

²⁰ A Ferenczi, 30 – XI – 1911. En Freud (1997b: 335).

(Freud, 2001: 2796). Era entonces, casi, Palabra revelada, apocalipsis que le dictaba, en lugar del ángel, el instinto²¹.

3. 9. La visión

“En el principio...” Sigmund Freud recordó, o imaginó, o soñó, o intuyó, este cuento de lo primero lo primero que fuimos. Érase una vez (pero sucedió en todas partes) el macho *alfa* acaparaba a todas las hembras de su hogar. Eran esposas suyas su madre, sus tías, sus hermanas y sus primas, y, nada más entraban en sazón, las hijas que iba teniendo. A los chicos, en cuanto piñoneaban, amenazándolos con su espadón encendido, los echaba de su huerto delicioso.

3. 10. ¿Qué pasó?

Los mozos errabundos distraían su gana como podían, soportando un forzoso celibato, turnándose con sus escasas Briseidas y Criseidas²², o desahogándose los unos con los otros (Freud, 1992: 187). Y soñaban, continuamente, con sustituir a su padre, hacer sus veces, ponerse en su lugar privilegiado. Hasta que un día pudieron, juntos, más que el sultán, así que asaltaron su serrallo, lo mataron, “y devoraron su cadáver” (Freud, 1992: 185 – 186).

Pero fue que, sobrecogidos, espantados por el fantasma de su padre, cuya nueva, misteriosa autoridad les parecía ahora mayor que cuando los dominaba en vida, dictaron que la muerte del tótem (la Carne de su padre hecha Verbo) era el pecado más grave, “y renunciaron a recoger los frutos de su crimen” (Freud, 1992: 193), es decir, a casarse con las viudas (y a la vez huérfanas) recientes, instituyendo “la prohibición del incesto” (Freud, 1992: 187).

El tabú convertía al tótem (que es el Padre), y a todo cuanto participaba de él, o sea, a sus hijas, carne de su carne y sangre de su sangre, en algo a la vez “sagrado e impuro” (Freud, 1992: 38 y 92), venerable y execrable (Freud, 1992: 39), extraordinario e inaccesible (Freud, 1992: 29), mágico, maravilloso.

Comerse a su padre era hacerse un mismo cuerpo con él, recibir a su Señor en sacramento. Sólo como teatro, como misa, como eucaristía, se toleraría (se exigiría) la repetición ceremoniosa del parricidio (Freud, 1992: 189). Aquella “comida totémica”, nuestra fiesta primera, nos empezó, instituyendo la sociedad, la moral y la religión (Freud, 1992: 186).

3. 11. Interiores

“Más tarde recibirá la parte interesante, que es también la *perturbadora*”²³. Freud se refiere al último capítulo de *Tótem y Tabú*, “El retorno infantil del totemismo”. Allí utiliza el psicoanálisis: sólo él “proyecta alguna luz sobre estas *tinieblas*” (Freud, 1992: 166).

²¹ A Ferenczi, 30 – XI – 1911. En Freud (1997b: 335).

²² Atkinson, *Primal Law*, citado en Freud (1992: 222, nota 72).

²³ A Ferenczi, 12 – VI – 1913. En Freud (1997b: 490).

“Perturbar [es] inmutar y revolver el orden y concierto que tenían las cosas, o la quietud y sosiego en que se hallaban. Úsase en lo físico y en lo moral.” (AUT). Ni estas tormentas ni aquellas sombras arrugan a Freud. La primera edición de *La interpretación de los sueños*, de 1900, lleva en su portada, como epígrafe, una cita de *La Eneida* de Virgilio (VII, 312) que también le servirá de lema para el trabajo en el que todavía apuntaba a la seducción del padre como origen de la histeria²⁴. Dice así: “Flectere si nequeo superos Acheronta movebo”, que, vuelto al castellano, dirá: “Si no puedo ablandar (doblar) a los de arriba, moveré los infiernos.” A eso va.

En la tercera parte del capítulo Freud estudia tres casos de zoofobia en niños. “¡No me cojas, perrito; seré bueno!”, decía, llorando, “un niño de nueve años”, que tenía horror a los chuchos desde los cuatro. Ser bueno era “no volver a tocar el violín’, esto es, no masturbarse”. El perro hacía a su padre (Freud, 1992: 168).

El segundo era lo del “pequeño Hans” o “Juanito” (Freud, 1992: 168 – 170)²⁵. “Juanito” odiaba (y adoraba) a los caballos. Entrarían, pensaba, a morderlo en su habitación. El animal representaba a su padre, “un rival que le disputaba los favores de la madre” (Freud, 1992: 169).

El último toca más de cerca. Es la “historia” (Freud, 1992: 170) del pequeño Arpad. Este Arpad es todavía un pollito, pero sabe que “cuando sea mayor” será un gallo, como su padre, y podrá cubrir a todas las gallinas del corral. A una vecina se lo avisó: “Me casaré contigo, con tu hermana, con mis tres primas y con la cocinera...O no; mejor con mi madre que con la cocinera” (Freud, 1992: 172).

“En el principio...” En el principio de la historia, en el seno de la horda, el rey celoso y tacaño, marido y señor de todas las mujeres, y, fuera de ella, en sus márgenes yermos, la pandilla de rapagones que ya hombreaban y soñaban, empalmados, el jaque mate. En el principio del mito Edipo, perplejo, ha leído, en un idioma extraño, que no reconoce, lo que ya está escrito, que se aupará, con sus manos ensangrentadas, al tálamo nupcial y fatal de Yocasta. En el principio de la vida el niño que envidia los privilegios de su padre sobre el cuerpo de su madre. En un segundo momento los hermanos confabulados acaban con su padre y se lo comen. Edipo ve cumplida la letra. No llega, para el niño, este segundo momento: el pobre sigue pasmado, contemplando aún la “escena primordial”. Luego a los bandidos les repite el festín, se espantan, transforman a su padre en tótem de la tribu, promulgan la prohibición del incesto. Luego Edipo, cuando por fin traduce lo que ha hecho, se arranca los ojos (vale por caparse). Luego el niño, después de que su padre lo ha amenazado con sus tijeras, renuncia a lo que quería, aguardará pacientemente su turno. O no: atrapado entre su deseo cabezón²⁶ y su impedimento, desarrollará alguna neurosis (Freud, 1992: 44).

²⁴ A Fliess, 4 – XII – 1896. En Freud (1997a: 205).

²⁵ También en su “Análisis de la fobia de un niño de cinco años” (1909).

²⁶ “...la indestructibilidad y la incorregibilidad de los procesos inconscientes”. En Freud (1992: 97).

3. 12. ¿Fue o no fue?

Aquella “visión”, intuición inmediata o revelación, lo de la horda primitiva y el asesinato del padre, ¿correspondía a algo verdadero o fantástico? Freud tardó en decidirse, y demoró su respuesta, que ni siquiera ahí da por definitiva (Freud, 1992: 209), hasta la última frase de *Tótem y Tabú*.

Se sabe (supo Freud), seguro, lo que somos (más concretamente lo que fuimos en nuestra infancia), lo que soñábamos hacer. Justo lo que el doble tabú prohíbe. El niño desea acabar con su padre y gozar después, como él, de las mujeres que aquél poseía. “Tales debieron ser (...) los dos placeres más antiguos e intensos de los hombres (...) [y se encuentran en] el centro de la vida optativa infantil y el nódulo de la neurosis” (Freud, 1992: 47).

El problema (Freud, 1992: 203) está en que “ni el salvaje ni el neurótico conocen aquella precisa y decidida separación que establecemos entre el pensamiento y la acción” (Freud, 1992: 208). Tanto el uno como el otro confunden “la realidad psíquica” y “la realidad concreta” (Freud, 1992: 208), no distinguen entre lo que quieren que suceda y lo que ha sucedido (Freud, 1992: 122).

Otra dificultad: si hubo aquello, la impresión que produjo ¿cómo llegó a transmitirse “por los siglos de los siglos”? “Postulamos la existencia de un alma colectiva en la que se desarrollan los mismos procesos que en el alma individual” (Freud, 1992: 204). Heredamos de esa “alma colectiva” la huella, la memoria, de aquel acto. La historia deviene mito.

Ahora bien, esto es sólo, nos dice con modestia, una hipótesis más, entre otras muchas. Una “hipótesis”, o sea, etimológicamente, una tesis menor. Una “hipótesis”, mera suposición no comprobada, provisional. Es, nada más, “una *just so story*” (Freud, 2001: 2596). En cambio, en una “adición de 1923” a *Psicología de las masas y análisis del yo* Freud llama a lo del padre de la horda primitiva, un “*mito científico*” (Freud, 2001: 2608).

3. 13. Entonces, ¿fue o no fue?

Que nadie busque un principio salvo en el presente, ni en los aluviones ni en los diluvios, en ninguna parte salvo *entre los hijos del hombre*, no en los espantosos tiempos primitivos²⁷.

“Esto era y no era...” Los cuentos, empezando con el “érase una vez”, nos advierten que aquello fue y no, que lo que ocurrió “una vez” ha venido ocurriendo siempre, o no ha ocurrido jamás, como no sea en nuestra imaginación. Vivir es contarse: toda vida es *vida*, relación, historias que nos decimos, que nos dicen, que nos *dicen*. Uno es todo lo que se cuenta de uno, y todo lo que

²⁷ Carta de Freud a Eduard Silberstein, 1 y 2 – X – 1875. En Appignanesi & Forrester (1992: 23). Mi traducción.

se cuenta es verdad, y todo lo que se cuenta es fantástico. La historia es una mona: repite lo que somos.

Eduard Silberstein fue compañero de pupitre de Sigmund. En la Academia Castellana que fundaron, éste hacía de Escipión, aquél de Berganza. Freud, el colegial, desdeñó la arqueología: nuestra esencia no hay que buscarla en terrenos de aluvión, ni entre los restos del naufragio. Lo que somos lo tenemos muy a mano: hoy, como anteayer, sólo hay que mirar “entre los hijos del hombre”. Pero el Freud cincuentón colecciona estatuillas, escarba entre las ruinas, disecciona los mitos, cree que nuestra verdadera naturaleza nada más puede descubrirse escudriñando “los espantosos tiempos primitivos” (o lo que soñamos, o lo que alucinamos cuando nos torcemos).

“*Im Anfang war die Tat*”. En el principio fue la acción, el acto, el hecho. Con estas palabras cierra Sigmund Freud *Tótem y Tabú* (Freud, 1992: 209). Como señala Jorge Belinsky, lo dice el Fausto de Goethe, y es muy osada parodia del comienzo del *Evangelio de san Juan*: “En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios” (*Juan*, I, 1). Y apunta, además, a la tradición cabalística, que cree que Elohim creó el mundo “con letras y palabras: *En el comienzo fue la escritura* (Belinsky, 1997: 91)”. Entonces, ¿fue o no fue? ¿Fue, en el principio, la palabra (de Freud), la escritura (de Freud)? ¿O fue la acción, el acto?

3. 14. El santo y el superhombre

“¿De qué sueño es portadora la figura del padre primitivo?” (Schneider, 1997: 104). Al *Urvater*, a aquel gigante egoísta y acaparador Freud lo igualó con el superhombre que Nietzsche anunciaba para luego (Freud, 2001: 2597).

De entre todos los modelos que describían la momentánea eternidad anterior a la historia, a la cultura, a la Ley, a la Palabra, Sigmund Freud prefirió (autenticó) el del padre feroz, celoso y avaricioso, dueño de todas las mujeres de su Casa, y que echaba de ella a sus hijos varones nada más les llegaba la edad del pavo, y eso a pesar de que aquello no había “sido observado en parte alguna” (Freud, 1992: 185). Y la añoranza de esa edad primera perdura. Hoy como anteayer “los hijos del hombre” deseamos, en lo hondo, tener el dominio pleno y exclusivo de “todas” las mujeres de nuestro clan, padrear con las hijas de nuestro mismo tótem²⁸. Es la fantasía diurna del pequeño Arpad —“Me casaré contigo, con tu hermana, con mis tres primas y con la cocinera...O no; mejor con mi madre que con la cocinera”— (Freud, 1992: 172), es la lectura que hizo Freud de su sueño de la inyección de Irma (ahí salían Mathilde, Sophie y Anna, que eran sus hijas y no: “¡y yo las tengo a todas!”), es...

Es, fue (“en el principio...”, o justo antes), y será. El “*rex qui nunquam moritur*” (Belinsky, 1997: 84). Zarathustra (otro Juan Bautista) anunció que vendría otro mayor que él, el

²⁸ Carta de Freud a James S. H. Bransom, 25 – III – 1934. En Appignanesi & Forrester (1992: 12).

“*übermensch*”, capaz de señorear el Nuevo Mundo desdiosado. Mucho antes de concebir *Tótem y Tabú* Freud ya había hablado del “superhombre”.

Santos (miedosos) fueron los monos mozos que mataron a su padre, se lo comieron, y no se atrevieron, luego, a hacer sus veces, instituyendo las dos prohibiciones que rigen el totemismo. Nuestra “santidad” fue a la vez condición y producto de la cultura: por ella nos “sacrificamos”, nos sometemos, sujetamos nuestros instintos, no llevamos a cabo lo que quisiéramos hacer. Pero el padre de la horda está en todas partes, estuvo en nuestros orígenes, está aquí, dentro de nosotros, reclamando sus privilegios, desviándonos con sus apetitos, y estará al final. Freud predicó su Segunda Venida, su Parusía: vendrá de nuevo el que osaba amar a sus hijas, el héroe del deseo, el superhombre, el padre de la horda²⁹.

3. 15. Residuales

El padre primero que soñó Freud (igual que él sería el hombre último) es el *hommo in zin* (suena como “hombre menos uno” [*homme moins un*] o “por lo menos uno” [*au moins un*]) (Roudinesco, 1995: 536 – 537) que pensó Lacan, hombre excepcional, exento, trasordinario, maravilloso. Sólo él pudo tener para siempre a sus hijas. Después de asesinarlo y comérselo con mucha ceremonia los hombres andan cojos, renquean, tienen impedido su deseo mayor, original, están separados de lo que son, de lo que quieren.

Cuestión A: ¿Cómo se sirve Freud del mito que inventa, o descubre, en *Tótem y Tabú* para tapar la realidad de la seducción del padre que, durante mucho tiempo, creyó que se hallaba en el origen de la histeria, y defender que aquella escena era el fruto avergonzado de la fantasía de la niña enamorada de papá?

4. Luscinda y el Boticario

Va un “*ejemplo*” de la versión *autorizada*, la del *padre*. Luscinda “adormecía” a su padre, el farmacéutico, “con beleño de su propio ojo, y después vestía al amante” con sus “ropas de doctorado”, y le ponía sus bigotes, en postizo, “que se le hacía más aperitivo”. Pero un día el boticario “despertó” y “se encontró a la Luscinda en brazos del galán, y a éste” con su hábito y su mostacho, contrahecho. “¡Se impuso la muerte cruel! ¡Tres cadáveres!” (...) “¡Las mujeres!” Dijo Juan Pericles, y “escupió en la palma de la mano derecha, asqueado, y se limpió el salivazo en la hierba”.

²⁹ Sigmund Freud, “Manuscrito N, 31 – V – 1897”. En Freud (1997: 3575).

Cuestión B. 1.: La *historia* viene en *Las mocedades de Ulises* (1960), de Álvaro Cunqueiro, en su cuarta parte, que su autor llama «Encuentros, Discursos y Retratos *Imaginarios*». La relata Maese Juan Pericles, “primer actor”, “con voz de teatro”. Le puso a Ulises “el ejemplo” de “la *comedia* de Luscinda y el Boticario”, la cual “en Constantinopla saben que está sacada de un suceso verdadero”. ¿Qué importancia tiene el marco de la narración?

Cuestión B. 2.: ¿Por qué termina así su narrador la *historia* de Luscinda y el Boticario? ¿A qué la exclamación, y el gesto?

5. Sobre el Muecas

5. 1. Prólogo

En *Tiempo de silencio* (1961) Luis Martín-Santos recrea, en un barrio miserable de Madrid, el universo primitivo de *Tótem y Tabú*, pero en él no sólo observamos al *padre de la horda* (el Muecas) sino que comprendemos la suerte histórica de sus hijas.

5. 2. “La ciudad prohibida”

El Muecas era el Señor de “la ciudad prohibida” (el tabú marca el poblado desde su nombre) de los “manchegos atravesaos”, y en su chabola real dormía, en “un gran colchón cuadrado”, con “su consorte” y “sus dos hijas núbiles”. Y “se sentía, sin saber lo que significaba esta palabra, patriarca bíblico al que todas aquellas mujeres pertenecían”.

Cuestión C: ¿Significa algo que el teatro de este incesto se sitúe en un barrio chabolero?

5. 3. La hermanilla

Pues dándose calor el Muecas preñó a su mayor, y la chica se desangró mientras abortaba.

La hermanilla miraba al Muecas de hito en hito; se le había abierto la boca y respiraba muy de prisa entre los labios temblorosos. Estaba muy blanca. De repente saltó adelante con la cara contraída.

—¡Fue usted! ¡Fue usted! ¡Usted, padre! ¡Fue usted el que...!

El bofetón del Muecas la tiró al suelo donde empezó a llorar a grandes gritos que luego se convirtieron en lamentos inarticulados, en convulsiones y en un ataque de nervios disparatado, insoportable, mientras arañaba, mordía, desgarraba su ropa, se orinaba y el Muecas daba ciegas patadas en aquella masa viviente y agitada, sin conseguir cortar el paroxismo. (Martín Santos: 2001: 108)

Cuestión D: Relaciona el título de la novela (*Tiempo de silencio*) y lo que hemos dicho sobre la naturaleza de la *historia histórica* con la escena.

6. Angela Carter, *La bella hija del verdugo*

6. 1. “Ellos no saben qué desean”

En las tierras altas se esconde una raza atrasada, estancada, desviada, degenerada, maldita, dejada de la mano de Dios.

La parodia más horripilante de las delicias de la carne no les sería ajena...*si supieran representarla.*

Poseen una capacidad inagotable para el pecado, pero se ven impedidos inexorablemente por la ignorancia. *Ellos no saben qué desean.* Así que sus apetitos existen en un limbo indefinido, siempre *in potentia.*

Cuestión E. 1.: En términos psicoanalíticos (según Freud, según Lacan), ¿qué significa ese no saber (no poder decir) “qué desean”?

6. 2. *Génesis*

“Todos ellos creen, implícitamente, que están condenados.” En su *Génesis* se cuentan que “su tribu fue expulsada *en el principio* de una región más feliz y próspera” hasta este país inhospitalario después de volverse aborrecibles “por la práctica general, entusiasmada, del incesto” en todas las variaciones que permiten los cuatro lados de la familia nuclear. Desde entonces este pecado se castiga con la decapitación.

Cuestión E. 2. : Aquel “en el principio”, ¿a qué apunta?

6. 3. La máscara

El verdugo gasta, siempre, máscara. Al colocársela por primera vez, se quitó de lo humano, y fue “como si (...) hubiese borrado su rostro original, perdiéndolo para siempre”. Si alguna vez sorprendiese su cara en un espejo, el espanto lo mataría: por eso no se descubre jamás. Y, sin quitársela, goza de su hija Gretchen encima de la piedra del sacrificadero.

Cuestión E. 3. : ¿Qué significa la máscara del verdugo?

6. 4. La tortilla

Todas las mañanas, para desayunarse, el verdugo quiere que su hija le haga la tortilla con huevos muy adelantados, cuando ya han empezado a formarse los pollitos. Le divierte masticar las plumas, las garras, el pico.

Cuestión E. 4.: ¿A qué viene ese “gusto” del verdugo?

6. 5. Sobre Gretchen

Precisamente la última cabeza que ha rodado en el tablado, “en el patio humeante, sobre el altar”, es la de “su único hijo varón”. Había tenido comercio carnal con su hermana Gretchen, contradiciendo el derecho que la guardaba para su padre. Gretchen es “la linda hija del verdugo, en cuyas mejillas crecen las únicas rosas de estas montañas”. Notan, por ser tan contraria en esto a sus vecinos, su “belleza pálida, delicada”, sus “trenzas rubias”. Entre aquellos serranos desgraciados la única criatura perfecta es la hija del sayón. “Esa noche, Gretchen descubrió una serpiente en su máquina de coser...” Gretchen no duerme bien, desde aquello. Aunque no sabe lo que es una bicicleta, su hermano pedalea “dando vueltas a sus agitados sueños”, “interminablemente”, hasta que canta el gallo. Gretchen guarda en el gallinero una fresa salvaje que fue de su hermano y riega con sus lágrimas la parcela donde se pudren sus sesos.

En el río, Gretchen lava, frotándolo histéricamente contra las piedras, su delantal blanco, pero las manchas que “asombran la trama y la urdimbre del tejido como fantasmas rosáceos de una fruta preciosísima” no se van.

Cuestión E. 5.: ¿Qué representan la serpiente enroscada a su máquina de coser, las manchas de su delantal?

7. Algunas de las “infinitas soluciones” a las cuestiones:

Cuestión A: El *Padre* montaba a sus hijas antes de la Historia, antes de la cultura, antes, casi, del *hombre*, y volverá a ayuntarse con ellas al final de los tiempos. Pero en este ahora que empezó cuando lo echaron de su paraíso acotado y acabará nada más en nuestras penúltimas el *padre* sólo se come a su *hija* en los delirios de ésta, que corrigen sus recuerdos, falseándolos, volviéndolos del revés. Según Freud.

Cuestión B. 1.: Aunque se dice que la historia “está sacada de un suceso verdadero” una y otra vez se intenta traspapelar su realidad, disimularla detrás de sucesivas ficciones. Está incrustada en *Las mocedades de Ulises*, una novela postmoderna, metaliteraria, y en la parte que, por su título, es la más dudosa. Luscinda y su padre, el Boticario, son personajes de la “comedia” cuyo argumento resume Juan Pericles, que es “actor”, “con voz de teatro”, para divertir a este Ulises que es aquel Ulises y no. El autor fabuloso de la pieza castigó la fantasía de Luscinda matando a todas las *máscaras* que salían (que pecaban) en ella: al *Boticario* y a su *hija*, que, como no podía ser de otro modo, la titulan, y al *galán*.

Cuestión B. 2.: Escupir es un gesto, me parece, profiláctico, o de exorcista. “¡Las mujeres!”, exclama, o declama, y quiere decir que las aborrece y teme porque desean al *padre*. Juan Pericles las mira perplejo y aprensivo.

Cuestión C: Las aberraciones son siempre cosa del *Otro* (del Gitano, del Negro, del Hombre del Saco, del Loco), no nuestra, no nuestra, no nuestra. Así, se fabrica una *historia* que nos tranquiliza: entre nosotros se cumple la Ley, se respeta el Tabú. Aquí, estas *afueras* repiten el mundo de nuestros principios, de nuestros sueños, en el que todos vivíamos “revueltos” y todas las mujeres eran cosa del Padre.

Cuestión D: Era, desde luego, *tiempo de silencio*. La hija pequeña del Muecas sólo puede decir el pecado de su padre, y su horror (que, de repente, se había convertido en su hija única) en una narración histérica que la cita describe minuciosamente. La boca abierta de las bobas, de las taradas. La niña jadeando. Tiritando. Perdiendo el color. Rabiando. Con la palabra sólo consigue repetir el “*usted*” de respeto, y, llamando al Muecas “*padre*”, recordar la naturaleza de su crimen. El Muecas, para que no lo descubra, para que no diga su *historia*, le da un “bofetón” (como Apolonio/Pericles a su hija³⁰), y ella, enferma desde ahí y para siempre, “pierde el sentido y la acción” (eso es el “paroxismo” en *AUT*) y ya sólo podrá *contarse* a través de los síntomas de su *histeria*.

Cuestión E. 1.: Aquellos hombres caídos, perdidos, desean vagamente, absolutamente, algo que no saben, ni pueden, nombrar. Somos, quizás, nosotros, separados de lo que deseamos por un lenguaje que no nos sirve, incapaces de conocernos, de reconocernos. Lo explicó, en su *tópica*, en su *geografía* de lo que somos (consciente / inconsciente) Freud. Y Lacan, en la suya (lo Simbólico, lo Imaginario, lo Real).

Cuestión E. 2.: Al *mito* que se cuenta en *Tótem y Tabú*, a su pecado original y a la Ley que lo corrige. Pero lo sitúa, no en el érase una vez de nuestros orígenes, sino en el tiempo de nuestro destierro, después de la expulsión del Paraíso.

Cuestión E. 3.: El verdugo es mera máscara, *nombre*, título, oficio (hace al *Padre*), el primer hombre, o el último, de Freud, el *hommoinzin*, hombre excepcional, extraordinario, de Lacan: sólo él puede ayuntarse con sus hijas, sólo en él no se cumple la prohibición, sólo él está más allá (antes, o después) de la Ley.

Cuestión E. 4.: Su repulsivo almuerzo diario repite, creo, el acto incestuoso, lo glosa.

³⁰ En *El Libro de Apolonio* y en el *Pericles* de Shakespeare.

Cuestión E. 5.: La máquina de coser, como la rueca de *La bella durmiente del bosque*, dice su sexo, y la culebra que lo rodea el apetito hinchado de su padre. El delantal, sucio para siempre de sangre y semen, las huellas de la violación, las marcas del poder absoluto del *padre*. Su inútil, desesperada colada, los síntomas histéricos que arrancan de la *Urszene*.

Bibliografía

- Appignanesi, L. & Forrester, J. (1992). *Freud's Women*. Nueva York: Basic Books.
- Belinsky, J. (1997). "Arquitectura de un mito moderno". In: En Tubert S. (ed.) (1997): 63 – 93.
- Carter, A. (1996). *Collected Short Stories: Burning Your Boats*. Londres, Vintage.
- Carter, A. (1996 [1974]). "The Executioner's Beautiful Daughter". In: Carter, A. (1996): 35 – 40.
- Cunqueiro, A. (1989 [1960]). *Las mocedades de Ulises*. Barcelona: Destinolibro.
- Frazer, Sir J. G. (1963 [1922]). *The Golden Bough: A Study in Magic and Religion (Abridged edition)*. Nueva York: The Macmillan Company.
- Freud, S. (1992 [1912]). *Tótem y Tabú*. Trad. Luis López-Ballesteros y de Torres. Madrid: Alianza.
- Freud, S. (1997a). *Correspondencia II (1887 – 1908)*. Introd., ed., y notas, Nicolás Caparrós. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1997b). *Correspondencia III (1909 – 1914)*. Introd, ed., y notas, Nicolás Caparrós. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1997c [1887 – 1902]). "Los orígenes del psicoanálisis". In: Freud, S. (1997c): 3433 – 3656 (ensayo CCIV).
- Freud, S. (1997c). *Obras Completas IX*. Trad. Luis López-Ballesteros y de Torres, ed. Jacobo Numhauser Tognola, Madrid: Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (2001 [1920 – 1921]). "Psicología de las masas y análisis del yo". In: Freud, S. (2001): 2563 – 2610 (ensayo CXIII).
- Freud, S. (2001): *Obras Completas VII*. Trad. Luis López-Ballesteros y de Torres, ed. Jacobo Numhauser Tognola. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Grimm, J. & Grimm, W. (1989). *The Complete Illustrated Stories of the Brothers Grimm* (Sobre la edición de 1853, *Grimm's Household Stories*, George Routledge & Sons LTD). Londres: Chancellor Press.
- Luis de León, Fray (1953). *La perfecta casada y El cantar de los cantares*. Madrid: Aguilar.
- Martín-Santos, L. (2001 [1961]). *Tiempo de silencio*. Biblioteca El Mundo.

- Palazón, M. (2006). “Histeriada: mi papá me moja, me mojo soñando con mi papá”, *Extravío. Revista electrónica de literatura comparada* 1 (www.uv.es/extravio).
- Real Academia Española (1990). *Diccionario de Autoridades*, ed. facsímil. (AUT). Madrid: Gredos.
- Roudinesco, É. (1995). *Jacques Lacan: Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento*. Trad., Tomás Segovia. Barcelona: Anagrama.
- Schneider, M. (1997). “La paternidad como encrucijada”. In: Tubert, S. (ed.) (1997): 95 – 114.
- Tubert, S. (ed.) (1997). *Figuras del padre*. Valencia: Cátedra.
- Virgilio Marón, P. (2003). *Obras completas*. Ed. bilingüe, introd, apéndices Pollux Hernández, trad. Aurelio Espinosa Pólit. Madrid, Cátedra.